

CAPÍTULO 1

La Guerra ¿Ha cambiado su naturaleza y su carácter?: Lo que indican las experiencias actuales

Coronel (R) Arturo Contreras Polgati¹

Introducción

Cada vez que se produce una guerra en la que se verifican novedades o sorpresas, especialmente tecnológicas, se manifiesta la tendencia a afirmar que ha cambiado su naturaleza. Lo paradójico del caso es que estas afirmaciones no son sólo periodísticas, sino que también provienen del mundo militar de diferentes países con experiencia de guerra. El primer caso no debiera llamarnos la atención, pero cuando se trata del segundo, la afirmación adquiere otra connotación porque se supone que se trata de profesionales que tienen un conocimiento profundo del hecho bélico.

Pues bien, de eso trata este artículo, de determinar en función de relaciones de causa y efecto, si esto es verdad o no, abordando esta crítica en función de

¹ Arturo Contreras Polgati es Coronel (R) del Ejército de Chile. Doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago, Magíster en Seguridad y Defensa por la Universidad Complutense de Madrid, y en Ciencias Militares por la Academia de Guerra. Profesor Titular de Academia en Historia Militar y Estrategia, ha ejercido docencia de nivel superior en la Academia de Guerra, Escuela Militar, Colegio Interamericano de Defensa, y en las Universidades de Chile, Mayor, Complutense y National Defense University, impartiendo los cursos de Lógica Estratégica, Seguridad Internacional y Geopolítica Post Moderna. Es profesor fundador de la Cátedra sobre Defensa, Seguridad y Sociedad de la Universidad de Santiago de Chile e Investigador Asociado del Institute for National Strategic Studies de la National Defense University, y autor y coautor de numerosos libros en temas de estrategia, historia militar y seguridad internacional, y de artículos en temas de su especialidad.

la lógica y dinámica de la violencia política y estratégica que representa la guerra. Este método nos parece apropiado, ya que su evolución materializa la simbiosis de estas dos dimensiones que se concretan en dos ámbitos: La concepción y la ejecución. Ambos explican cómo ella se llevará a cabo y qué medios se pondrán en acción.

La lógica y dinámica de la guerra

Hoy somos testigos de una variedad de formas de guerra que siguen sorprendiéndonos en todo sentido. Cabe preguntarnos entonces ¿por qué no podemos adelantarnos a estas sorpresas? Porque estamos culturalmente predispuestos a abordar la guerra de la misma forma que lo han hecho más o menos invariablemente todos los teóricos de las guerras apellidadas “modernas”, desde las napoleónicas hasta el presente. De hecho, prácticamente todas ellas han sido descritas como paradigmas de la “guerra moderna”, como si representaran fenómenos nuevos en sus respectivos momentos históricos. Más aún, se tiende a denominarlas fenómenos por su singularidad, lo que no debe extrañar a nadie porque ninguna guerra es igual a otra. Un especial asombro causa el desarrollo de los siempre nuevos ingenios tecnológicos que aparecían en el campo de batalla.

Sin embargo, el hecho o fenómeno guerra, como quiera que se le llame, fue relativamente simple mientras la guerra estuvo restringida al campo de batalla, pero todo se complejizó cuando éste expandió sus límites hasta abarcar a las sociedades en conflicto para terminar configurando un campo de batalla global, como de hecho lo es en la actualidad. Cuando las guerras se producen entre actores menores se inscriben en lo que se ha denominado “efecto mariposa” (Lorenz, 1972), cuyos efectos han servido como pretexto, en diversas partes del mundo, para que grandes potencias legitimen su derecho de intervención con los más variados pretextos, arguyendo motivos humanitarios,

la defensa de la democracia, de la cultura occidental, etc. Esto nos lleva a preguntarnos si verdaderamente hay algo nuevo, tanto en los fines como en la esencia de la guerra, y todo indica que no, ya que tanto el conflicto bélico como la intervención en él para detenerlo por medios militares, comparten la misma lógica: “son instrumentos de fuerza para un fin político”.

No obstante, si se reconoce el hecho de que la guerra no sólo es una continuación de la política por otros medios, sino que esencialmente “es un hecho político”, como enfatizó von Clausewitz (1994, p. 35), esta forma de ver las cosas resulta obviamente limitada o al menos insuficiente. De hecho, no es posible comprender la lógica y dinámica de las guerras contemporáneas prescindiendo de este axioma empíricamente verificado, ya que los medios del poder político son prácticamente ilimitados... y, contrariamente a lo que suele afirmarse, su principal limitación suele residir, no sólo en los medios disponibles sino en las capacidades de la voluntad, intelectuales y cognitivas que condicionan la lógica estratégica que está llamada a presidirla.

Es en este ámbito donde se conciben y se diseñan las más diversas combinaciones de “fuerza” que se pondrán en aplicación, “procedimiento” que no tiene nada que ver con el mercantil concepto de “innovación” que se ha ido infiltrando en algunas culturas estratégicas.

En este contexto, cobra relevancia preguntarse qué factores de la lógica y dinámica de la guerra son inmutables y cuáles no lo son. Por ello es importante comprender cómo opera la dinámica evolutiva de la estrategia, la cual no puede prescindir de la naturaleza política de la guerra (ejercicio del poder), y de las características de la actividad humana de cada sociedad (lo que la geopolítica define como capacidad ciudadana).

Es por ello por lo que algunos autores como Liang y Xiangsui (1998, p. 16), con toda razón, exhortan a los estrategas militares a “pensar fuera de la caja”, si es que quieren comprender la guerra desde la perspectiva de la política y no sólo de la multidimensionalidad de la acción militar pura. Se amplía así el horizonte de la guerra, es decir, su alcance, a la vez que se multiplican sus medios de acción factibles, configurando una interacción de poderes que tejen redes de acción en las que se combinan todas las posibles formas de aplicación de la fuerza, las cuales pueden ser sutiles o violentas, abiertas o encubiertas, entre muchas otras opciones. De hecho, hasta el momento aún no hay otra forma lógica de enfrentar los conflictos actuales de 5ª generación², donde todas las dimensiones de la paz constituyen medios para hacer la guerra.

La piedra angular de la comprensión de esta realidad radica en el proceso continuo que exhibe la evolución de la guerra y de la estrategia, del cual se pueden deducir tendencias ya que ambas son la cara y el sello de una misma moneda. De hecho, no hay evidencia de que se hayan producido guerras que no hayan respondido a una estrategia, como tampoco que se hayan elaborado estrategias militares si no es para enfrentar amenazas a su seguridad nacional – como es el caso de la Gran Estrategia estadounidense– como conflictos activos o potenciales. En este sentido, es un hecho empíricamente verificado que todos los procesos políticos responden a tomas de decisiones en función del poder, ya que no es concebible una relación política en la que no haya un enemigo o al menos un posible adversario. Por esta razón, se considera como esencialmente

² Contreras, Arturo. Presentó el tema de las guerras de 5ª Generación en la conferencia. Internacional “*Building Security Capacities*”, organizada por el Centro de Operaciones Complejas de la NDU y el Centro de Excelencia del Asia Pacífico de Australia, con la ponencia *Multidimensional Security, Complex Operations, and Military Challenges*. Washington, Fort Lesly MacNair, del 6 al 8 de septiembre de 2011. El concepto fue presentado en esta conferencia con el patrocinio del Colegio Interamericano de Defensa.

“política” toda relación que simultáneamente involucran el poder y el bien común (Freund, 1995, p. 166). Toda relación conflictiva que no presente al mismo tiempo estas dos características no es política y, por lo tanto, no tiene en su horizonte que se produzca una guerra y, por lo tanto, es ajena al quehacer de la Estrategia.

El carácter y la naturaleza de la guerra

El carácter es una noción psicológica que sintetiza y explica los comportamientos sociales, tanto colectivos como individuales. Por eso se lo vincula directamente con la energía espiritual y la voluntad de los pueblos para hacer valer sus derechos e intereses, que le permitan ser el constructor de su propio destino y de prevalecer en toda circunstancia. La expresión tangible del carácter colectivo se manifiesta en sus métodos y formas de aplicar la violencia política en situaciones de conflicto, así como con la manera de pensarla, de concebirla y de aplicar el poder para lograr sus objetivos.

La omisión en los estudios estratégicos del carácter propio y de los adversarios, suele producir resultados indeseables, como ilustran las guerras de Vietnam y de Afganistán, por citar sólo dos casos actuales. Prescindir del valor estratégico de la capacidad ciudadana de una nación es un gravísimo error, de la misma forma que lo es desprotegerlo a merced del enemigo, porque ninguna guerra trae la paz si no es doblegando la voluntad de un pueblo. La conclusión ineludible de este hecho es que su carácter, concebido tanto desde el punto de vista tanto individual como colectivo es susceptible de ser formado, cultivado, socializado, de la misma forma que se le puede degradar y degenerar actuando sobre sus rasgos distintivos internos y externos, es decir, focalizándose en sus cualidades innatas y sociales.

La importancia del carácter en todos los niveles de la naturaleza trinitaria de la guerra, como la conceptualiza von Clausewitz, está fuera de toda duda no sólo por la experiencia histórica, sino porque ella aplica a todas las formas de guerra y sus posibles combinaciones. De hecho, ella fue reconocida por la sociología militar desde sus inicios, pero especialmente después de la forzada retirada estadounidense de Vietnam³ cuando se trató de comprender cómo un pueblo armado sólo con fusiles y con un equipamiento básico, fue capaz de derrotar a las fuerzas armadas más poderosas de la Tierra, las cuales habían empeñado en combate más del 40% de sus divisiones activas con el apoyo directo del 50% de su fuerza aérea, el 33% de su fuerza naval, un apoyo logístico ilimitado y con una asimetría tecnológica insalvable (McNamara, 1995, p. 322). Desde un punto de vista superficial, muchos creyeron que ello se debía a la superioridad de la estrategia de la guerra de guerrillas que aplicó la República Popular de Vietnam, elevando esta estrategia a niveles increíbles de incompreensión de la guerra. La razón real radicaba y radica, en la consciencia histórica de su identidad del pueblo vietnamita.

Esta realidad también fue recogida posteriormente por el pensamiento estratégico español liderado por Miguel Alonso Baquer quien, en su libro “¿En qué consiste la Estrategia?” (Baquer, 2000), presenta una “tipología” clasificatoria que explica la evolución de la guerra desde una perspectiva social y de poder, cuyo motor es la voluntad que no es otra cosa que la expresión del carácter de sus protagonistas, cosa que es conocida desde muy antiguo. Por eso no es extraño que el Reglamento de Disciplina de las Fuerzas Armadas de

³ Aunque sus primeros estudios se inician después de la guerra de los 30 años y la firma del tratado de Westfalia que da origen a los Estado-nación modernos que propician la unificación de poblaciones afines creando una noción nueva de soberanía basada en categorías étnico culturales que a poco andar entraron en colisión con la creación de imperios que iban más allá de esa concepción. Estudios más sistemáticos se constatan también a inicios del siglo XX.

Chile, prescriba que “no se puede hacer un cargo más grave a un militar que la falta de carácter”.

Terminada la Guerra Fría e instaurado un orden mundial unipolar, en “El Choque de las Civilizaciones”, Samuel Huntington expone el peligro de que Estados Unidos y sus aliados cedan a la tentación de tratar de intervenir y avasallar culturas e identidades de naciones que eran portadoras de valores, usos y costumbres distintos a los occidentales, cosa que efectivamente hizo por medio de la fuerza, provocando una proliferación de guerras y acciones punitivas inédito en la historia de la humanidad. Las consecuencias de este traspié político y estratégico se expandieron por el mundo y hoy occidente asiste a sus consecuencias.

En el ámbito de la psicología social, son referencias conceptuales obligadas en este tema Saúl Cassin, J. Pearson y Le Seanne, entre otros psicólogos clínicos y sociales. En este aspecto cabe recordar que, desde siempre, la historia ha considerado a la guerra como la prueba suprema del carácter y vitalidad de los pueblos. Gastón Bouthoul, el padre de la polemología trató el tema en detalle en su obra “Las guerras” (Bouthoul, 1956).

Nuestro país no ha estado ajeno a estas reflexiones. En Chile, encontramos las primeras referencias al tema a inicios de la conquista española en la obra épica de Alonso de Ercilla y Zúñiga “La Araucana”, como preludeo de las consecuencias telúricas de la simbiosis social que inevitablemente produciría el choque de dos sangres guerreras. La confirmación de este hecho se constata en la “Historia Constitucional de Chile”, de Campos Harriet (1970), donde hace explícita referencia a la guerra contra la Confederación Perú–Boliviana, en la que el pueblo tomó consciencia de su nacionalidad singular y de su identidad colectiva, socializando el hecho de que nosotros somos chilenos y no otro

pueblo. A través del tiempo también se ocuparon de este delicado asunto Indalicio Téllez (1944), Nicolás Palacios (1989), Joaquín Edwards Bello (1929) y Hernán Godoy (1976), entre otros intelectuales, que contribuyeron a comprender e identificar el carácter de la Nación Chilena.

En este sentido, Huntington tenía razón, aunque se quedó corto ya que los conflictos actuales no tratan sólo del choque de grandes civilizaciones en sus zonas de fractura o de frontera, sino que se extiende también a las naciones grandes, medianas y pequeñas, junto con otros actores no estatales, que aspiran a ejercer su soberanía en libertad y al servicio de sus intereses.

En consecuencia, las guerras actuales, no dejan lugar a dudas de la importancia que tiene la dimensión social del carácter de la guerra, en especial si se consideran las tendencias universalistas o globalistas, cuyo objetivo es desnacionalizar a los pueblos hasta hacer de ellos una masa inerte sin identidad, ni historia, ni raíces, ni cultura, ni soberanía, y para lo cual infiltran su cultura y transforman a los estados en simples entidades administrativas regidas por poderes extraterritoriales (Contreras, 2025), en tanto que su contrapartida simplemente representa el deseo de los pueblos de conservar su identidad, su cultura y a decidir su propio destino.

La guerra global en desarrollo es prueba palpable de esta dicotomía, cuya incompatibilidad de objetivos no deja alternativas entre un mundo unipolar y uno multipolar. Esta disyuntiva hace que el “carácter de los pueblos” –algunos lo llaman idiosincrasia– sea un factor determinante en todo conflicto y guerra. De hecho, existe una corriente incipiente en la sociología militar denominada “caracterología”, que estudia el comportamiento social de los pueblos en situaciones de conflicto y de peligro, tratando de identificar en cada caso las causales endógenas y externas que condicionan su carácter y por ende su actitud

y forma de actuar ante la amenaza.

En consecuencia, los comportamientos colectivos no son un dato menor de la ecuación estratégica para comprender la dinámica de la acción de cada guerra en su calidad de “hecho social y natural”. De tal forma, cada sociedad produce sus propios conflictos – aunque su tipología responda a una determinada categoría– y genera sus particulares maneras de resolverlos, lo que, por extensión, aplica a la guerra que es su manifestación más extrema. Por esto cada caso sea único e irrepetible, aunque la aplicación del poder sea el común denominador de todas ellas.

Por lo tanto, cuando hablamos del carácter de la guerra nos estamos refiriendo a los rasgos y patrones habituales que se manifiestan en el campo del pensamiento (cultura y lógica estratégica), de la acción (formas de hacer la guerra o de aplicar el poder con una intención hostil) y de voluntad de lucha (fuerza interior que motiva a la acción y sustenta su resistencia). Por ello, algunas de las manifestaciones del carácter de la guerra son más estables que otras, lo que permite discernir entre su evolución y los cambios en su hacer, todo lo cual se detecta estudiando la dinámica de la acción de los diferentes casos.

Sin embargo, el tema es tan amplio y las interpretaciones tan variadas, que es pertinente precisar algunos conceptos para no confundir el carácter de la guerra con su naturaleza, ya que ésta, como bien definió von Clausewitz, no sólo es una continuación de la política por otros medios sino un hecho político. Por eso la naturaleza de la guerra no puede ser sino la máxima expresión de la lógica y dinámica del poder en todas sus manifestaciones. Por lo tanto, cuando hablamos de la naturaleza de algo, en este caso de la guerra, estamos haciendo referencia a su esencia, a las propiedades o cualidades que la definen como tal,

y que la distinguen de otras manifestaciones de la conflictividad y que algunos autores definen como poder blando. No estamos de acuerdo con ellos, porque no se trata de poderes blandos o duros sino del efecto que se quiere lograr con cada capacidad.

Cabe preguntarnos entonces ¿Ha cambiado la naturaleza de la guerra, sus leyes, sus manifestaciones? ¿Ha dejado de ser un instrumento político que recurre al poder para imponer una voluntad política? ¿Ha cambiado su carácter en términos de violencia, intención hostil o solo han cambiado algunas formas de hacerla y los medios de fuerza que en ella se pueden poner en acción? Veamos.

El rasgo distintivo del carácter de la guerra

Uno de los aspectos menos estudiados de la teoría de la guerra es su dimensión psicológica. Von Clausewitz es el primero en analizar los efectos anímicos colectivos e individuales a partir de lo que metafóricamente llamó “la niebla de la guerra”, para explicar la incertidumbre que domina todo su desarrollo, desde su planificación y preparación hasta su ejecución. Ella una constante en todos sus niveles y ámbitos, influyendo en el gobierno, en los mandos, en el pueblo y, por cierto, en el campo de batalla, comprometiendo a los tres elementos de la trinidad: la razón política que hace de la guerra un acto de Estado, responsabilidad que es privativa del gobernante; el cálculo de probabilidades y el azar, cuya responsabilidad corresponde al mando militar; y en la pasión y la violencia primordial que es el rasgo característico del carácter del pueblo y que lo mueve a la acción. Por ello, para von Clausewitz, la voluntad de lucha es el corolario del carácter y, por lo tanto, quebrarla es un objetivo prioritario.

Considerando que la guerra no se produce en un vacío social y político, y

que no es un hecho instantáneo ni imprevisto, sino que se gesta y escala desde la paz, ella no puede ser sino un acto consciente y razonado que integra esos tres ámbitos y los hace converger en un objetivo político común. De tal manera, el Estado dispone del tiempo necesario para pensar y prepararse para adoptar las medidas que se requieran para enfrentar cada situación de riesgo o de amenaza que lo afecte.

Sin embargo, puede darse el caso de que seamos tomados por sorpresa por cualquiera de las formas de guerra conocidas o por una combinación de ellas, cuestión que, de producirse, no sería responsabilidad exclusiva de una inteligencia política y estratégica que cognitiva e intelectualmente no está en condiciones de identificar las indicaciones del peligro, sino también y principalmente del hábito de analizar las potenciales amenazas a partir de visiones predeterminadas. Dicho de otra forma, por ver los acontecimientos desde dentro de la caja, como ya hemos dicho, y no en función de la realidad de los acontecimientos que determinan la dinámica de las relaciones geopolíticas, políticas y sociales. Este aspecto es especialmente relevante ya que nos encontramos en la era de las guerras de 5ª generación, donde todas las dimensiones de la paz son susceptibles de ser utilizadas como armas de guerra, contexto en el cual puede ser que estemos en guerra y no nos hayamos dado cuenta.

Como sea, cualesquiera que sean las circunstancias en que se produce una guerra, el esfuerzo militar siempre debe estar al servicio de la finalidad política que se persigue, pero si esta no existe, es difusa o imprecisa, la incertidumbre incidirá cada vez con mayor fuerza durante todo su desarrollo, ya que ella no es más que un medio para lograr un objetivo que debe estar explícita y claramente definido.

Cuando esto no sucede, la guerra tiende a prolongarse por falta de una orientación que dé sentido a la acción y al sacrificio de toda la sociedad. Cuando esto es percibido por el pueblo, los mandos y las tropas, el empleo del poder militar empieza a perder su legitimidad, la voluntad social se debilita, la moral de combate se resiente y los resultados del esfuerzo colectivo se vuelven inciertos, haciendo que la sociedad perciba la muerte de sus hijos como un sacrificio sin sentido. Un ejemplo de esto son los veinte años de guerra global contra el terrorismo que Estados Unidos llevó al territorio de múltiples países a través de una combinación de procedimientos híbridos, de operaciones de cambio de régimen, del fomento de revoluciones, de operaciones encubiertas y de guerra convencional, entre otras, que han sembrado la semilla de la división y de la guerra permanente en vastas regiones del planeta, pero especialmente en Asia Central, el Oriente Medio y África, como demuestran los colapsos estatales y las consiguientes guerras civiles y el caos que se constatan hoy.

Cabe preguntarse entonces ¿Cuál era la finalidad política concreta de esta guerra? ¿Trajo consigo una paz y una estabilidad mejor que la que existía antes de los conflictos que dejó a su paso? ¿Era realmente Al Qaeda una amenaza de alcance mundial? Todo pareciera indicar que no.

Al igual que la Guerra Fría, este caso, entre muchos otros, confirma que no todas las guerras logran los fines políticos que con ella se persiguen, independientemente del tipo de guerra que se lleve a cabo, por lo que muchas veces sus fracasos y pobres resultados políticos y estratégicos⁴, rompen la

⁴ Milley, Mark A. General. Presidente del Estado Mayor Conjunto. Declaración oficial en la audiencia del Comité de Servicios Armados del Senado de los EE. UU. Washington DC, efectuada el 28 de septiembre de 2021, en Breaking Defense de 29 de septiembre 2021. Pregunta: “¿Tuvimos la estrategia correcta? ¿Tuvimos demasiadas estrategias? ¿Pusimos demasiada fe en nuestra capacidad para construir las instituciones afganas, su ejército, fuerza aérea, la fuerza policial y los ministerios gubernamentales?” Respuesta: “Tratamos de construir un Estado, señor

coherencia racional de la trinidad de la guerra, haciendo que ésta deje de ser un medio para transformarse en un fin en sí misma. Desatender la trascendencia de su desnaturalización lleva en sí la semilla de un fracaso que se replicará en cascada en todos los niveles, desde el político al táctico, a la vez que fractura la unidad de las sociedades.

Por eso la guerra no es un arte ni una ciencia en sentido estricto, como explicita von Clausewitz, ya que está sujeta a las pasiones, fortalezas y debilidades humanas. De ahí la importancia de considerar los intangibles psicológicos que determinan la voluntad que mueve a la acción, y la racionalidad que debe presidirla. Por eso la coherencia entre el pensamiento y la acción –cuya vitalidad emana del carácter y de la voluntad individual y colectiva– establece una relación tangible y moldeable entre los factores internos de la trinidad (naturaleza de la guerra); con las influencias externas que provienen de la realidad social, las cuales inciden en su fuerza interior, es decir, en el carácter, provocando efectos que pueden cambiarlo tanto para bien como para mal.

Esta relación de recíproca influencia es la que determina la evolución o involución de la lógica y dinámica de la guerra y la estrategia. La primera es fácilmente identificable y explicable cuando se aborda la guerra como un fenómeno amplio no sujeto a la casuística de una situación, como sucede, por ejemplo, cuando nos referimos a las guerras actuales o contemporáneas; en tanto que la segunda queda en evidencia en la derrota de los casos particulares, donde es más difícil diagnosticar el porqué de ese fracaso. La pregunta ineludible en estos casos es ¿En qué fallamos? Su respuesta está, sin duda, en

presidente, pero no pudimos forjar una nación".

los citados valores intangibles que menciona von Clausewitz.

Como podemos ver, la guerra difiere de otras formas de conflicto no sólo por su naturaleza que es invariable, sino también por las formas de violencia política que pone en acción, su letalidad, formas, circunstancias y ámbitos en que las hace efectivas. Estas formas son la expresión física del carácter colectivo donde reside el motor de la evolución de la guerra. En general se suele atribuir el mérito de este proceso al avance tecnológico, pero esto es sólo una verdad a medias, porque no existe tecnología de aplicación bélica que no sea el resultado de una voluntad consciente de su necesidad y porque está resuelta a ser David frente a Goliat, y a hacer prevalecer sus intereses y derechos.

Aunque una de las finalidades de la estrategia es dotar a la guerra de una racionalidad medible en términos de selección coherente de fines y medios para lograr objetivos políticos, en última instancia su éxito o fracaso depende de la pasión con la que se ejecute. Este motor de la acción tiene relación directa con la comprensión de la lógica que la preside (racionalidad e intelecto), y de la psicología social (fortaleza de la voluntad colectiva), interacción en la que el carácter puede ser formado a la vez que destruido. “Sólo se vence cuando se doblega la voluntad de lucha del enemigo”, dice von Clausewitz, de donde se deduce que su dimensión psicológica no puede ser marginal al centro de gravedad que se defina para obtener la victoria, ya que hoy, más que nunca, las comunicaciones permiten explotar las fortalezas y debilidades de la naturaleza humana, lo que aplica a todas las formas de guerra y a todos los niveles de la trinidad.

Es en este contexto que adquieren valor los intangibles de la moral y de la voluntad de lucha. Tan importante es esta dimensión, que ha dado origen a la más alta expresión actual de la guerra psicológica, “la guerra cognitiva”, la cual,

durante la paz, es decir durante la preparación de la guerra, busca penetrar la mente colectiva del enemigo y manipularla para obtener de ellas respuestas permanentes o manipulables (operaciones de no guerra pero preparatorias de ella); en tanto que durante la ejecución, el efecto psicológico de las acciones busca provocar el colapso mental de su resistencia.

En síntesis, en la guerra todos los niveles de la trinidad deben convivir con la incertidumbre y aprender a manejarla, y muchas veces, ante la presión de la situación o la premura del tiempo, los mandos se ven obligados a confiar en su intuición para enfrentar la falta de certezas. Es en estas circunstancias donde la fortaleza del carácter colectivo e individual de la fuerza mantiene la cohesión, es decir la coherencia entre el saber y el hacer perseverando en la consecución de los objetivos previstos y convergiendo en una unidad de intenciones.

El carácter de la guerra y su evolución

Como sabemos, no hay estrategia si no es en función de la guerra, por la simple razón de que ninguna guerra se ha hecho sin estrategia y, por lo tanto, no se pueden comprender una al margen de la otra. Los cambios que ellas presentan a través del tiempo se caracterizan por una interdependencia constante entre el desarrollo de capacidades tecnológicas –las bélicas son solo una de ellas– y la lógica con que éstas se aplican para doblegar la voluntad del enemigo, lo que es hoy una constante común a todos los tipos de guerra en todos los ámbitos y niveles.

Desde el punto de vista militar, la lógica de esta interdependencia es simple: Existe un problema estratégico cuya solución requiere de determinadas capacidades bélicas. Si no se dispone de ellas y no se pueden adquirir, adaptar o desarrollar, la carencia se satisface diseñando un nuevo concepto de empleo de la fuerza que permita cumplir el objetivo, reorganizando las capacidades

existentes y empleándolas de forma novedosa a la vez que se establecen los fundamentos doctrinarios para ello. Esta es la disyuntiva permanente de la estrategia militar, cuya “lógica” siempre preside la “dinámica” de cada forma de guerra en el campo de batalla⁵, como continuación de la política por otros medios.

En otras palabras, la evolución de la estrategia y de la guerra, tanto en el ámbito de la política como en el teatro de operaciones, responde a una lógica de la acción que no tiene límites en cuanto a los medios y formas de empleo de la fuerza que se pueden concebir y desarrollar para enfrentar una amenaza. De hecho, es la Estrategia la que –en función de ese criterio– concibe y concatena acciones, intenciones y efectos deseados, desarrolla los medios, nos dice qué hacer, cómo y cuándo hacerlo para lograr lo que se persigue. En este sentido, la “lógica estratégica” no puede abdicar de su obligación de concebir y desarrollar las soluciones de poder que han de aplicarse en un futuro para el que hay que preparar las condiciones para el éxito.

En el ámbito militar, dos ejemplos son ilustrativos de cómo la lógica estratégica determina la dinámica de la acción y marca el derrotero de la evolución y desarrollo de la guerra.

Antes de la Segunda Guerra Mundial la debilidad alemana era angustiosa en tanques, carros de combate, vehículos motorizados y artillería. ¿Cómo solucionó el ejército el problema de la inferioridad en fuerzas terrestres?

⁵ Esto aplica a cada una de las formas de guerra conocidas, a las que están por materializarse y a las que aún no se han inventado, independiente de las intenciones y objetivos de la política. Los criterios geoestratégicos, orgánicos, funcionales y doctrinarios del poder militar que un Estado decida desarrollar, dependerán del tipo de guerra que éste piensa llevar a cabo para enfrentar una determinada amenaza, ya que las lógicas de una guerra civil son distintas de las de una contrainsurgente, de expansión territorial o colonialista, por citar algunas.

Haciendo un imaginativo e inédito empleo de los medios, concentrando sus escasas fuerzas blindadas y motorizadas para maniobrar y converger en los puntos débiles del dispositivo enemigo para operar siempre con superioridad táctica. Para ello implementó los cambios orgánicos, funcionales y de doctrina que se requerían, lo cual se tradujo en una original combinación de aplicación de los principios de la conducción.

El resultado fue la Blitzkrieg, que devino así en un modelo de éxito en la dinámica de la acción de la guerra convencional, ya que la maniobra era la mejor solución posible para revertir una correlación de fuerzas adversa en un ambiente de proliferación de tecnologías de combate disruptivas. Esta concepción fue el resultado del acabado conocimiento que los oficiales alemanes tenían de la guerra, así como de la experiencia empírica obtenida en la Gran Guerra; de una discusión profesional franca, abierta y directa sobre las opciones que les brindaba su situación estratégica; y de una voluntad inquebrantable de ganar si la guerra se producía.

La experimentación de sus diferentes ideas en ejercicios, maniobras y juegos de guerra se tradujo en una notable habilidad para ejecutar maniobras flexibles, operar a la profundidad, accionar sobre los puntos débiles con superioridad local y cambiar centros de gravedad, ejerciendo en todos los niveles un mando con iniciativa y libertad de acción que produjo victorias impresionantes. Pese a la inferioridad numérica en todos los rubros, las capacidades alemanas llegaron a ser temidas y no pocas veces obtuvieron victorias incluso antes de entrar en combate ¿Cómo lo hicieron? Internalizando y combinando los activos intangibles que modelan el carácter y la voluntad, tanto de orden psicológico como intelectual como ya hemos señalado.

Otro ejemplo es la guerra de Nagorno Karabaj de 2020, donde el ejército

azerí derrotó en una breve campaña a los ejércitos aliados de Armenia y Artsaj, alcanzando una posición de cierre estratégico que consumó el objetivo político de la guerra en pocos días: recuperar los territorios perdidos en la conflagración de 1994. La clave de su victoria fue el masivo empleo táctico de drones en el marco de una maniobra de decepción o encubrimiento inédita –una defensa desplegada– que insinuaba una retirada más que una ofensiva estratégica. Materializó así una magnífica combinación de activos militares intangibles de orden psicológico, intelectual, de carácter y voluntad, con medios materiales poco conocidos, en la que la tecnología fue un medio relevante, pero en último término de menor importancia frente al intelecto puesto en acción con la vista puesta en una dinámica de la acción que produjera la victoria.

La efectividad del inédito empleo coordinado de múltiples capacidades basadas en UAVs (observación, antitanques, kamikazes, merodeadores, antipersonal, guerra electrónica, Etc.) fue tal, que dislocó el equilibrio psicológico de los comandantes aliados en todos los niveles (Contreras, 2024). Su centro de gravedad estratégico fue la mente de su adversario que colapsó psicológicamente ante la destrucción masiva de la que estaban siendo objeto sus capacidades críticas de combate, por armas de las que poco sabían ni podían contrarrestar. La sorpresa fue total y la incertidumbre absoluta, en tanto que su carácter se evidenció como débil como consecuencia de un espíritu triunfalista que resultó carecer de bases sólidas. En otras palabras, siguió haciendo lo mismo que había hecho en sus victoriosas guerras anteriores con los azeríes. Los hechos confirman la vigencia de lo señalado por von Clausewitz en la alternancia constante de la guerra y la paz: “la victoria suele no ser permanente”, por lo que nunca debe dejar de estudiarse la lógica de la guerra.

Por su parte, la guerra de Ucrania, esencialmente convencional pero con rasgos asimétricos de mayor y menor intensidad; y el asedio convencional de

Gaza, comprueban también que no siempre las asimetrías de poder favorables son capaces de doblegar la fortaleza del carácter colectivo de una sociedad templada en el rigor de la adversidad y que está resuelta a hacer valer sus derechos, y que permanece en pie en medio de sus ruinas, pese a la violencia indiscriminada (interna e internacional) de la que está siendo objeto.

En el caso de Ucrania, asistimos a una guerra subsidiaria convencional que el relato occidental presenta como una “legítima defensa frente a una invasión a gran escala no provocada” (maniobra cognitiva exterior). En esta guerra, la estrategia ucraniana destaca por el respaldo activo y creciente que la OTAN le ha brindado en todos los ámbitos y rubros de la guerra, sustentando una estrategia de guerra de movimientos, cuyo propósito explícito es derrotar estratégicamente a Rusia (Burkhard, 2023), con la intención probable de imponer un cambio de régimen y forzar la división del país, como ha informado el gobierno ruso, y cuya lógica y dinámica sigue el patrón doctrinario de la Alianza. En otras palabras, se trata de una guerra que continúa en la consecución de lo que la Guerra Fría no pudo lograr.

Por su parte su enemigo, la Federación de Rusia, ha llevado a cabo una estrategia ofensiva de desgaste, lo que no deja de sorprender desde el punto de vista de las tipologías de la guerra, ya que, hasta ahora, el concepto de desgaste había sido considerado un recurso defensivo al que recurría el contendiente más débil para equiparar fuerzas, cosa que no aplica a Rusia que es objetivamente el beligerante más poderoso.

En el marco de esta nueva interpretación conceptual, la situación permite deducir que dicho desgaste no se limita al teatro de operaciones de Ucrania, sino que su centro de gravedad principal radica en una maniobra exterior que buscaría degradar las capacidades políticas, sociales, económicas y estratégicas

de la OTAN, que se ha ido involucrando abierta y encubiertamente en forma creciente en esta guerra, proporcionando entrenamiento, inteligencia y transfiriendo a Ucrania ingente material de guerra y recursos financieros y logísticos tanto en forma directa como a través de la Unión Europea.

De ser esto así, como todo parece indicar que es, la estrategia militar rusa en el teatro de operaciones ucraniano responde más a la tipificación de una guerra de aniquilación que a una de desgaste, la cual se estaría materializando en contra de la Alianza, cuya ampliación sistemática hacia las fronteras rusas lo cual representa una amenaza vital para Moscú. En este contexto, el objetivo político e intención de Rusia sería obtener garantías de seguridad que pongan fin al cerco que sobre ella ha ido tejiendo la OTAN desde la disolución de la Unión Soviética, cuestión que se encuentra en el origen de esta guerra. De hecho, Ucrania por sí misma, no constituye una amenaza para Rusia, pero mandatada y sustentada por la Alianza si lo es.

Conclusiones

¿Qué nos indican los ejemplos y las reflexiones anteriores? Que la estrategia de las próximas guerras no está escrita, lo que constituye una constante que es hija legítima de la incertidumbre. Soslayar esta realidad suele acarrear graves consecuencias políticas y estratégicas, por lo que los esfuerzos intelectuales deben centrarse en dilucidar sus incógnitas. La búsqueda de respuestas se inicia, necesariamente, con el estudio sistemático de la lógica y dinámica de la evolución de la guerra y de las estrategias que las han presidido. A diferencia de las constantes que surgen de la naturaleza trinitaria de todas las guerras, sus variables, es decir lo que es por definición dinámico y siempre cambia, son las formas de hacerla y los medios que se ponen en acción, lo que se origina en un proceso de reflexión intelectual y psicológico que se expresa

en intangibles.

Cuando Napoleón señaló, “la revolución avanza por Europa en la punta de mis bayonetas”, no imaginó nunca que llegaría el día en que todas las dimensiones del poder terminarían incorporándose a la lógica y dinámica de la guerra, expandiéndose por el mundo de la mano de la paz transformada en instrumento de guerra, sin alterar un ápice su naturaleza trinitaria. Así, la evolución de la guerra y la estrategia se caracteriza por haber ido desarrollando formas de violencia política que comprenden “todas las formas de lucha”, desde las más cruentas (poder duro) hasta las más inocuas (poder blando), que permiten hacer combinaciones que siempre tienen el mismo propósito: la destrucción, degradación o deconstrucción de la base socio cultural de naciones y estados, por lo que la guerra, de producirse y haber sido adecuadamente preparada, estaría ganada de antemano.

En consecuencia, el recurso a “todas las formas de lucha”, parafraseando a Lenin, no es sino el reconocimiento de que pese a la variable intensidad de violencia coactiva que se ponga en acción, la guerra sigue siendo guerra, independientemente de los apellidos que se le pongan, a la vez que confirman la interdependencia que existe entre la lógica de la Estrategia y la dinámica de la acción, entre el intelecto que crea los medios y las formas, y la voluntad que las aplica. De hecho, este raciocinio preside todos los procesos conflictivos históricos, dando intensidad y propósito a todas las formas y medios de violencia que se puedan poner en acción, y cuya máxima expresión son las guerras de 5ª generación, que hacen de la paz un arma de guerra y transforman todas las dimensiones de la vida social, política y económica de un país en teatros de operaciones.

Hasta la Segunda Guerra Mundial se habían excluido los conflictos sociales del estudio de la guerra, porque ellos respondían a la lógica sociológica de la vida social. Las élites culturales solían circunscribir la guerra al ámbito técnico militar y la veían sólo como una confrontación armada entre voluntades hostiles opuestas, organizadas para ejercer la violencia armada, cosa que era rechazada de plano por las élites políticas desde el tratado de Westfalia, porque sólo el Estado era el depositario de la fuerza legítima de la sociedad.

Por lo tanto, como llama la atención el General Miguel Alonso, “no habiendo grupos sociales organizados para el ejercicio de la violencia de las armas, no hay verdadera guerra” (Alonso, 2000), y por lo que generalmente se negaba la existencia de amenazas y de enemigos internos. Obviamente, era cuestión de tiempo para que esta interpretación organicista de la guerra chocara con la naturaleza de la política desarrollada por Aristóteles, que la focalizaba en el bien común, y de Julien Freund (1968), que la concibe como la máxima expresión del poder político, hechos estos que han devenido en axiomas de todas las ciencias sociales.

La simbiosis de ambas concepciones –que constituye el alfa y omega de “lo político”– puso de relieve la enorme profundidad y alcances de la naturaleza trinitaria de la guerra conceptualizada por von Clausewitz, a quien la belicosa ignorancia acusaba y aun acusa de ser el inspirador de todas las radicalizaciones de la guerra. Como sea, guste o no, la trinidad de la guerra es la única forma, al menos hasta el momento, de comprender la multifacética variabilidad de la guerra. Es ella y sus combinaciones las que abren su raciocinio político y estratégico a la psicología y al intelecto que se encuentra en la base de todas sus formas.

Han transcurrido más de dos siglos desde que la guerra se hizo total al trascender al campo de batalla, extendiéndose a toda la sociedad e inaugurando la Era de las guerra actuales, que, en un proceso evolutivo sin solución de continuidad, han ido incorporando las múltiples dimensiones del poder a todas las formas de guerra posibles, inspirando una gama tan amplia de conflictos, que obliga a pensar en la necesidad de desarrollar una visión de la Seguridad Nacional que refleje la realidad de las relaciones sociales y políticas y que cree certezas en medio de la incertidumbre de la conflictiva inestabilidad global.

En consecuencia, y abordando el objetivo que nos planteamos al inicio de estas reflexiones con relación a la guerra, cabe preguntarse ¿ha cambiado su naturaleza social y política? No, la naturaleza no sólo es una constante, sino que la guerra sólo puede existir en estos ámbitos. No hay guerra sin sociedad, y sin la racionalidad y un fin político, su violencia es sólo barbarie.

¿Puede cambiar su carácter? Sí, ya que la fuerza anímica de un pueblo es un rasgo de su carácter que puede ser modelado a través de la educación y de la cultura. Un pueblo que es desnacionalizado o que pierde el sentido de su identidad es fácilmente puesto al servicio de intereses ajenos al bien común y hace una pobre contribución al poder de un Estado. Si acontece lo contrario, el país tendrá un alto nivel de capacidad ciudadana y por ende proyectará un alto grado de poder.

¿Dónde radica entonces el carácter de la guerra? En la fuerza interior que alimenta la voluntad de los pueblos que deben recurrir a ella para defender su libertad, soberanía y derechos.

¿Es esa vitalidad comunitaria una constante en una sociedad? No, no lo es, ya que su expresión, como rasgo distintivo de su carácter e identidad colectiva, de la misma forma que se puede formar y cultivar a través de la educación y la

cultura, también puede ser destruido por ese u otros medios, provenientes de afuera o desde adentro de la sociedad.

¿Es el desarrollo tecnológico el factor determinante de la evolución de la guerra? En gran parte sí, pero el verdadero motor de la decisión reside en la voluntad que emana de una comunidad nacional que tiene consciencia de sí misma, de dónde viene, de su cultura, de los desafíos que le presenta su supervivencia y de su compromiso con un destino común. En síntesis, los porfiados hechos no dejan lugar a dudas de que la guerra es un hecho social y político, en la que lo que cambia y lo que es inmutable se origina y termina en la fuerza interior que anima su voluntad colectiva.

Referencias

- Alonso Baquer, M. (2000). ¿En qué consiste la estrategia? Ministerio de Defensa.
- Bouthoul, G. (1956). Las guerras: Tratado de sociología. Círculo Militar.
- Burkhard, T. (s. f.). Declaración citada en Galaxia Militar: Información de defensa y actualidad militar. <https://galaxiamilitar.es/el>
- Campos, F. (1970). Historia constitucional de Chile (2.^a ed.). Editorial Jurídica.
- Contreras, A. (2011, September). Multidimensional security, complex operations, and military challenges. Conferencia presentada en Building Security Capacities, National Defense University & Asia-Pacific Center for Security Studies, Fort Lesley McNair, Washington, DC.
- Contreras, A. (2024). Guerra de Nagorno Karabaj. Memorial del Ejército, (514). CESIM.
- Contreras, A. (2025). Estrategia y soberanía. Instituto de Ciencias Políticas.
- De Ercilla y Zúñiga, A. (2010). La Araucana. Editorial Ercilla. (Obra original publicada en el siglo XVI).
- Edwards Bello, J. (1929). El roto. Imprenta y Litografía Universo.
- Freund, J. (1968). La esencia de lo político. Editorial Nacional.
- Freund, J. (1995). Sociología del conflicto. Editorial Ejército.
- Godoy, H. (1976). El carácter chileno. Editorial Universitaria.

- Liang, Q., & Xiangsui, W. (1998). *La guerra sin restricciones*. PLA Literature and Arts Publishing House.
- Lorenz, E. (1972, December). Predictability: Does the flap of a butterfly's wings in Brazil set off a tornado in Texas? Conferencia presentada en la American Association for the Advancement of Science, Dallas, TX, Estados Unidos.
- McNamara, R. S. (1995). *In retrospect: The tragedy and lessons of Vietnam*. Times Books.
- Milley, M. A. (2021, September 29). Declaración oficial ante el Comité de Servicios Armados del Senado de los Estados Unidos. Breaking Defense. <https://breakingdefense.com>
- Palacios, N. (1989). *Raza chilena*. Editorial Colchagua.
- Télez, I. (1944). *Una raza militar*. Imprenta La Sudamérica.
- von Clausewitz, K. (1994). *De la guerra*. Labor / Punto Omega. (Trabajo original publicado en 1832).